

los, sin nota de negra ingratitud ó sobra de injusticia. De carácter franco y demasiado comunicativo, si pudo cometer algunas imprudencias de palabra, jamás habian desmentido sus hechos los sentimientos de lealtad y fidelidad que profesaba al rey de España. No podia un señor flamenco, de grande influencia en el pais, aprobar explícitamente la política de este monarca, con respecto al gobierno de su patria. Se mostró enemigo del cardenal Granvella: reprobó los edictos relativos al establecimiento de la inquisicion, fulminados tan imprudentemente en la corte de Madrid; no se mostró enemigo declarado de los Guensios ó mendigos, pero en todos cuantos lances se vió comprometida la autoridad del rey, tomó parte en su defensa, como cumplia á un buen súbdito, ó sea vasallo, como entonces se decia. No se mostró protestante, ni abogado protector de los que la nueva secta profesaban. Una prueba de lo satisfecho que estaba de haberse conducido bien es, que á pesar de que no podia serle desconocido el carácter severo y suspicaz del rey, no siguió el ejemplo del príncipe de Orange, cuando supo el nombramiento del duque de Alba, para el gobierno general de Flandes. Fué su solo crimen el no haberse mostrado siempre instrumento y ciego aprobador de todas las disposiciones del rey, y haber visto los asuntos del pais con los ojos de un flamenco y no de un español, á quien podian ser indiferentes el bienestar y prosperidad de los Países-Bajos. Fué bastante este crimen para sepultar en el olvido sus grandes servicios, y hacerle perder su cabeza en un cadalso á la edad de cuarenta y seis años, dejando once hijos huérfanos, como en razones tan sentidas manifestó en su última carta al rey de España. No rodeaba tanto brillo á la persona del conde de Horn, aunque tambien se le puede considerar como un eminente personaje. Murió de cuatro años mas de edad que el de Egmont, y tampoco en toda su vida habia mostrado otros sentimientos que los que distinguian á su compañero. Debe pues la historia imparcial considerar el

suplicio de los dos, como una de aquellas atrocidades que solo puede disculpar el espíritu de fanatismo, ora civil, ora religioso, que en todas épocas, y sobre todo en aquella distinguia á los soberanos y á los pueblos; y hay que tener presente, que en este hecho tuvo tanta y mas parte el rey que su lugarteniente. De todos modos, aun mas que atrocidad, debe ser considerado en política como un enorme désacerto. Encendió este suplicio de nuevo las llamas de la discordia y de la guerra; y si es verdad, como dicen algunos historiadores, y es muy probable, que en la sangre de los dos cadáveres mojaron muchos habitantes de Bruselas sus pañuelos, se puede decir que fueron estos otros tantos pendones de insurreccion y de venganza.

CAPÍTULO XXXVIII.

Continuacion del anterior.--Sale el duque de Alba de Bruselas en busca del conde de Nassau.--Le hace levantar el sitio de Groninga.-- Le derrota en los campos de Gemingen.--Vuelve á Bruselas.--Penetra el príncipe de Orange con su ejército en los Países-Bajos.--Sale de nuevo el duque de Alba de Bruselas y se establece en Maestrich.--Paso del Mosa por el príncipe de Orange.--Presenta batalla al duque de Alba.--No la acepta éste.--Escaramuzas.--Se retira el de Orange y pasa el Get.--Derrota del cuerpo que deja á retaguardia de este rio.--Se junta el príncipe de Orange con un cuerpo auxiliar de Francia.--Urecen sus apuros y dificultades.--Se vuelve á sus estados de Alemania.--Entrada triunfal del duque de Alba en Bruselas.-- Ereccion de su estatua en la ciudadela de Amberes.--Nuevos rigores.--Contribuciones.--Publicacion del decreto de indulgencia.

1568—1572.

DESEMBARAZADO el duque de Alba de los dos presos, cuya existencia tantos temores le infundia, salió de Bruselas en busca de Luis de Nassau, que despues de su victoria sitiaba la plaza de Groninga, defendida por Vittelli, maestre de campo general de las tropas españolas.

Partió para Amberes, y habiendo tomado sus medidas para guarnecer bien el castillo que acababa de erigirse, salió de esta plaza con direccion á la sitiada, habiendo hecho algunos altos en el camino, para recoger la artillería y todas las tropas que debian acompañarle. Llegó el 15 de julio de 1568 á la plaza de Groninga, y sin detenerse casi en ella, marchó en busca de los reales enemigos. Se componia su ejército de diez mil infantes y tres mil caballos. Igual fuerza, con poca diferencia, contaba el de Nassau, aunque con algo menos de caballería. Atacaron los españoles los reales con grande impetu; mas el conde no aceptó la batalla, y despues de algunas escaramuzas, en que los nuestros llevaron lo mejor, se retiró al abrigo de la noche al pueblo de Gemingen, á la entrada de la Frisia, donde tomó una ventajosa posicion, aguardando la llegada de los españoles. Tenia á sus espaldas la ciudad amiga de Hemdem, donde esperaba de un momento á otro refuerzos considerables de su hermano el príncipe de Orange. Estaban defendidos sus flancos por el rio Ems y por lagunas y pantanos casi intransitables. Solo su frente era accesible por medio de un dique, y para defender la entrada, habia construido una fuerte batería, que no se podia atacar sino de frente. Mas todas estas ventajas se neutralizaron por el descontento y la sedicion de sus tropas de Alemania, que á grandes gritos pedian sus pagas devengadas. Sabedor el duque de Alba de esta circunstancia, no perdió tiempo en acometer, separando de su ejército un cuerpo considerable, para hacer amagos por los flancos y la retaguardia. Tomó el duque en persona el camino del dique, como en ademan de atacar la batería; mas mientras llamaba sobre sí toda la atencion del enemigo, marchaba por su órden una columna al mando del capitan español Lope Figueroa, quien haciendo un gran rodeo, y metiéndose por los pantanos, atacó briosamente la batería por el flanco, con gran derrota de los enemigos, y abrió al duque de Alba la puerta de su campo. Atacaban al mismo tiempo

los españoles por la retaguardia y por los flancos, y aumentándose el desórden con la sedicion abierta de los alemanes, se consumó la derrota ya empezada con la toma de la batería. Fué la victoria sangrienta y decisiva. Los alemanes entregaron las armas; muchos murieron en los reales; otros mas se ahogaron en los pantanos y en el rio. Se hace ascender el número de los enemigos muertos á seis mil, que comparado con el de sesenta que se dice tuvieron los españoles, indica la confusion introducida en el campo enemigo, y lo poco que fué disputada la victoria. Cogieron los españoles veinte banderas, diez piezas de artillería, y ademas las seis que antes habia perdido el conde de Aremberg; todo el equipaje de los jefes principales, incluso el del mismo general en jefe. Se dice que éste se puso en salvo por medio de un ardid, dejando sus vestidos en el campo para que le creyesen muerto, pasando á nado con un disfraz el rio, para no ser personalmente perseguido.

Hizo esta batalla de Gemingen una profunda impresion, tanto en los amigos como en los enemigos. Fué celebrada por los primeros con grandísimo entusiasmo, y se le dió una importancia tal, que en la opinion de muchos, quizás en la de la generalidad, pasó por un milagro. En muchas iglesias fué celebrada con toda solemnidad, y no fué en Roma donde se hizo menor fiesta. No entraremos en infinitos pormenores sobre hazañas particulares. Se hacen grandes elogios del capitan español Figueroa, jefe de la columna que atacó la batería, y fué el principal autor de la victoria. Los españoles usaron con demasiada largueza, ó por mejor decir, abusaron con crueldad del triunfo conseguido, aunque esta conducta no se debe achacar á influencia, ni aun disimulo, por parte del general español; pues habiendo el trozo de Cerdeña incendiado en su furor algunos pueblos de las inmediaciones, fueron severamente castigados los autores del exceso, y privados de su cargo los oficiales y jefes que lo habian permitido,

Derrotado tan completamente el ejército del conde de Nassau, regresó el duque de Alba á Groninga, y de aquí por la via de Amberes tomó la vuelta de Bruselas, habiendo encontrado en el camino á su hijo don Federico de Toledo, duque de Huesca, que le traía un refuerzo de dos mil hombres, casi todos españoles. A muy pocos días de su llegada á la capital, tuvo el general español que dejarla, para salir al encuentro del príncipe de Orange, que intentaba invadir el país, cayendo sobre la provincia de Brabante.

No habia estado ocioso este caudillo durante su permanencia en sus estados de Alemania. Organizó allí cuantos medios le sugeria su genio y su ambicion, para hacer frente al rey de España, dirigiéndose á los príncipes que participaban de sus sentimientos. La prision y suplicio de los condes de Egmont y de Horn dieron nuevos estímulos á su actividad, y suficientes pretextos para las medidas hostiles en que tanto se ocupaba. Para hacerse mas jefe del partido, captarse la confianza de los descontentos y la amistad de los príncipes luteranos, se declaró abiertamente de su comunión, y esto le dió armas para combatir mas de lleno la intolerancia religiosa y el sistema de persecusion que habia adoptado el duque de Alba. Publicó manifiestos contra la política sanguinaria, contra el plan de opresion y servidumbre á que habia condenado á su país el rey de España. Con su actividad y medios que le daba su influencia personal, allegó un ejército de veinte y ocho mil hombres; diez y seis mil infantes y ocho mil caballos, compuesto de flamencos, franceses y alemanes. En sus filas figuraban, además de su hermano Adolfo, algunas personas distinguidas, como Casimiro, hijo del conde Palatino, el conde de Schwartzemberg, dos de los duques Sajonia, el conde de Hoogstrat y Guillermo Lumey de la familia de los condes de la Marca. Con estas tropas, pasó el príncipe de Orange el Rhin, y sentó sus reales en las orillas del Mosa, cerca de Maestrich.

No manifestó el duque de Alba mucha inquietud por la aproximacion del príncipe de Orange. A los manifiestos en que éste hacia ver los príncipes y potencias que apoyaban su causa y entraban en su alianza, respondió con la enumeracion de otros mas poderosos que estaban á favor del rey de España. Sin detenerse, salió de Bruselas, y se dirigió á Maestrich, separándole solo ya el Mosa del ejército contrario.

No podia estar la guerra ya mas pronunciada. Se habian convertido los antiguos súbditos del rey en abiertos enemigos, con pendon alzado y ejércitos, que buscaban á los de su antiguo soberano. Luchaban en los Países-Bajos, como en otros de Europa, dos creencias religiosas enemigas, cuyos intereses iban igualmente mezclados con las de la política mundana. A motivos tan poderosos se unia el espíritu de la independencia, el deseo de sacudir el yugo extranjero, pasión ya dominante en los Países-Bajos. No era el enemigo mas temible del duque de Alba el príncipe de Orange, sino el descontento general, subido de punto por las persecuciones y severidad desplegada por este personaje. A los antiguos Guensios ó mendigos, habian sucedido otros mas verdaderos, que con el nombre de *silvestres*, recorrían el país y se encarnizaban en cuantos soldados del duque de Alba ó partidas sueltas encontraban por los campos. El pueblo entero hacia votos por la suerte favorable de las armas del príncipe, y cada vez se manifestaban mas síntomas de descontento y odio al rey de España.

Trataba el duque de Alba de impedir el paso del Mosa al príncipe de Orange; mas conservando éste siempre el carácter de agresor, consiguió su intento de ponerse en la otra orilla, haciéndolo sin ser molestado, y fuera de la vista de los españoles. Se dice que, para vadearle con mas comodidad, imitó el ejemplo de Julio César en el paso del Loira, amortiguando el ímpetu de la corriente con su caballería colocada un poco mas arriba del vado, estrechados completamente los caballos y los

hombres, que formaban una especie de dique á la corriente. Tan difícil parecia la empresa, que al comunicársele al duque de Alba la noticia, preguntó, si las tropas del príncipe tenían alas para pasar un rio tan caudaloso como el Mosa.

A seis millas de los españoles, asentó sus reales el príncipe de Orange. El dia siguiente salió en su busca, en actitud de ofrecerle batalla; mas no quiso aceptarla el duque de Alba, á pesar de que el maestro general del campo opinaba lo contrario.

Era sin duda interés del príncipe el combatir, fiado en la ventaja que le daba la superioridad de sus fuerzas; mas el duque de Alba, tan prudente como esforzado capitán, esperaba la victoria, sin exponerse al azar de una batalla. Sabia que las tropas enemigas tenían pagas para poco tiempo, y confiaba en que el descontento, la indisciplina, y al fin la sedición, le proporcionarían las mismas ventajas que en Gemingen. Se redujo, pues, la campaña por entonces á escaramuzas, en que las ventajas se equilibraban por una y otra parte. Casi siempre eran los incitadores los del príncipe de Orange, quien no perdonaba medios ni ocasion de provocar un conflicto, haciendo correrías y saqueando pueblos á las inmediaciones de Maestrich, á vista de los españoles. Mas el duque de Alba, constante en su plan, é impertérrito, á pesar de las murmuraciones de su propio campo, permanecía inactivo, ya sabedor de que tardarian poco de faltar víveres y dinero á los del príncipe de Orange. Habia éste en vano puesto el sitio á varias plazas del Brabante, con el principal objeto de sacar dinero y víveres; mas fué de todas ellas rechazado, apoyados los de adentro en el ejército del duque de Alba, quien aunque evitaba un compromiso sério, estaba siempre de observacion, y pronto á seguir al enemigo los alcances.

Se movió el príncipe de Orange hácia la plaza de Tougres, y le siguió el duque de Alba, no como quien busca batalla, sino de observacion y en actitud de defen-

der la plaza. Una escaramuza de poca consideracion tuvo lugar entre unos y otros, y aunque fué desventajosa para los de Orange, aguardó á los nuestros, creyendo que se iban á empeñar mas sériamente. Pero firme siempre el de Alba en su resolucion de no pelear, esperando la victoria de otros medios, permaneció inactivo á pesar de las representaciones de sus jefes principales. Comenzaba á resentirse el ejército enemigo de los males que con tanta prudencia habia previsto el duque de Alba. Los soldados carecian de pagas; y hubiese estallado en el campo una abierta sedición sin la noticia que se tuvo de la próxima llegada de un refuerzo de Francia muy provisto de dinero. A su encuentro marchó pues el príncipe de Orange, despues de una entrada en San Trudent, donde se hizo con víveres y algunos fondos. Le separaba de sus amigos el pequeño rio Get, y no queriendo ser perseguido por los españoles, dejó á retaguardia al coronel Felipe Marbois, señor de Loverval, con dos mil arcabuceros y quinientos caballos, para entretenerlos mientras su ejército pasaba el rio. Observada esta maniobra por el duque de Alba, mandó á su hijo don Federico y al maestro de campo general Vitelli, que cayesen sin perder instante sobre este cuerpo separado. Atacaron los españoles con ardor, y aunque fueron repelidos con el mismo, tuvieron los enemigos que ceder á fuerzas superiores. Acosados por todas partes, se metieron en una casa fuerte, donde continuaron haciendo una obstinada resistencia. Despues de varias negativas de rendirse, procedieron los españoles al incendio del castillo, á cuyo efecto salieron todos los que estaban dentro embistiendo á los contrarios, trabándose entre unos y otros un combate sangriento al arma blanca. No se salvó ninguno de los del príncipe de Orange, siendo prisioneros los que no murieron. Quedó en manos de los españoles el coronel Loverval con tres heridas, y lo mismo el conde de Hostrart, que murió de resultas de tener atravesado el brazo con tres balas. Dió elogios el duque de Alba al

arrojo de los vencedores, y su hijo don Federico no fué el que tuvo menos parte en estas muestras de aprobacion tan justamente merecidas.

Presenciaba el conflicto desde la otra orilla el príncipe de Orange, y aunque varias veces resolvió volver á pasar el rio con objeto de auxiliar los suyos, otras tantas desistió de su propósito temiendo los azares á que se exponia. Así pagó la falta enorme de dejar á retaguardia un cuerpo tan escaso, que no podia menos de ser completamente derrotado.

Por otra parte insistia mas que nunca el maestre de campo general Vitelli en que el duque de Alba pasase el rio y cayese sobre el príncipe de Orange, suponiéndole desmayado con la desgracia de los suyos; pero el general español, siempre inflexible, é irritado ademas con advertencias que creia depresivas de su dignidad, amenazó con las penas mas severas, y aun la de muerte, á cualquiera que le hablase de cambiar de propósito y de planes que hubiese concebido.

Se reunió el de Orange con los refuerzos que venian de Francia, compuestos de tres mil infantes y quinientos caballos, al mando del señor de Genlis, maestre de campo del príncipe de Condé; mas en lugar de mejorar esto el semblante de su situacion, aumentó sus apuros, pues los recién venidos no traian dinero ni proporcionaron medios de subsistencia, que les iban faltando á cada paso. Se aumentó con esto el número de los necesitados, creciendo en la misma razon el descontento. Viéndose en esta situacion el príncipe de Orange, sin víveres, sin dinero, sin poder encender la guerra civil en el pais, sin poder dar batalla al duque de Alba que le venia siempre observando é incomodando en sus movimientos, pensó seriamente en abandonar aquel teatro militar, retirándose á Alemania para aguardar allí mas favorable coyuntura. Así lo hizo, forzando el paso por Lieja, cuyo obispo no quiso concedérsele de grado, y entrando asimismo en Quesnoi, saqueando entrambas plazas. Al tocar en Fran-

cia se halló con la negativa del rey Carlos de que entrase en sus estados; y como tratase de penetrar á viva fuerza, se le amotinaron sus soldados franceses no queriendo hacer armas contra su monarca. En esta situacion, deshaciéndose de sus joyas, preseas y cuanto tenia de valor en su equipaje, trató de pagar á las tropas como pudo, y seguido de una parte muy pequeña de las que le habian acompañado, tomó con ellas la vuelta de sus estados de Alemania.

Así terminó en 1569 la primera campaña de la guerra de los Países-Bajos. Fueron los dos hermanos Nassau poco afortunados en sus expediciones; mas cualquiera echará de ver que cometieron una falta en no haberlas emprendido al mismo tiempo. Acometiendo ambos por un punto, se hubiesen visto muy superiores en fuerza al ejército español: invadiendo por puntos separados, hubiese sido aún mayor la ventaja, por obligar al duque de Alba á dividir sus fuerzas. No se explica fácilmente esta falta de concierto sino achacándola á los pocos medios pecuniarios de que ambos disponian. Probablemente organizó las suyas antes el conde Luis, y tuvo que ponerlas en accion para no pagarlas sin hacer servicio. Es muy probable que por el mismo apuro tardó mas el príncipe en ponerlas en campaña. Tambien se echa de ver que su invasion no produjo alzamientos populares, pues aunque eran sin duda objeto de simpatías para los habitantes del pais, les inspiraron ciertamente muy poca confianza, cuando no acudieron de varios puntos á sus estandartes.

Expelidos los dos hermanos del territorio de los Países-Bajos, se podia dar por finalizada la contienda. Así lo creyó al menos el duque de Alba, separando de su ejército una division de tres mil infantes y dos mil caballos, que á las órdenes del conde de Mansfeld, envió de socorro al rey de Francia, cuyas tropas se distinguieron en las batallas de Jarnac y Montoncourt, de que ya hablaremos en su lugar correspondiente. Tan satisfecho

quedó el duque de Alba de sus victorias, que hizo en Bruselas una entrada triunfal con la mayor pompa y aparato. Mandó celebrar en todas partes estos sucesos con festejos públicos. En Bruselas se hizo todo esto con gran pompa, y hubo hasta torneos, en que manifestaron su bizarría y su destreza muchos capitanes españoles. Mas el pueblo debió de tomar poca parte en todos estos regocijos, en estos cánticos de triunfo que celebraban su propio vencimiento. No templó el brillo de la victoria el odio que al general español se profesaba, y esta animadversión creció de punto con la creación de un trofeo construido con los cañones que se cogieron al conde de Nassau, y colocado en la ciudadela de Amberes con la mas solemne ceremonia. Representaba una efigie armada señalando con el brazo derecho la ciudad, pisando dos estatuas de bronce, que segun la interpretacion general, designaban la nobleza y el pueblo de los estados de Flandes. Tenian las estatuas pisadas muchas manos armadas con librillos, bolsillos y hachas; las caras con máscaras, y de los cuellos les pendian horteras y talegos, haciendo alusion á los confederados ó mendigos. Se leia en el pedestal de la estatua la inscripcion siguiente: «Don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, gobernador de Flandes por Felipe II rey de las Españas, fidelísimo ministro del muy buen rey, erige este monumento por haber extinguido la sedicion, expelido á los rebeldes, cuidado de la religion, adelantado la justicia, y de esta suerte asegurado la paz de las provincias.» Adornaban los otros costados varios emblemas alusivos á lo mismo, y al pié de toda la obra se leia el rótulo de: «Lo hizo Dockelin (1) del bronce cogido al enemigo.» Fué esta manifestacion fastuosa objeto de tanta envidia y murmuracion en la córte de Madrid, como de odiosidad para casi la generalidad del pueblo de los Países-Bajos.

(1) Strada escribe *Junjelin*. No es este el solo ejemplo de la variedad con que se ven estampados en los diferentes autores unos mismos nombres propios.

Estaban vencidos los ejércitos de los descontentos, mas no vencido el descontento mismo. No se vió menos blanco de odio el duque vencedor, que el que se consideraba como verdugo de tantas víctimas en Flandes. No se templó con los triunfos el sistema de rigor, ni fué menos la actividad con que se perseguia á los acusados de heregía ó de desafeccion al rey de España. No pasaron desapercibidas cuantas demostraciones de simpatia se hicieron en favor de las tropas invasoras, cuantos deseos se manifestaron de que fuese el vencido el duque de Alba. Continuaron llenándose las cárceles de acusados políticos, expiándose en el cadalso el delito de no haber sido en todos tiempos fiel súbdito del rey, engrosándose en los países extranjeros el número de los refugiados y proscriptos. Para poner el sello á tanta odiosidad, impuso el duque la contribucion de la décima parte de todos los bienes muebles que vendiesen; de la vigésima de los inmuebles tambien en venta, y la centésima una vez del líquido valor de unos y otros. Dió el duque de Alba por motivo de esta nueva contribucion el atender á los gastos de la guerra y demas medios que se empleaban para conservar la paz y la tranquilidad en los estados. Mas era esta misma paz y tranquilidad forzada la que llevaban con tanta impaciencia los pueblos de Flandes, y así fué esta contribucion objeto de nuevas murmuraciones, de nuevos disgustos, y su cobro encontró en todas partes la mas viva resistencia, tanto por los contribuyentes, quanto por los mismos estados del país reunidos en Bruselas. Pero á proporción que se pronunciaba esta resistencia, crecia la obstinacion del duque, manifestando que puesto que la rebelion de los estados de Flandes era obra exclusivamente suya, y por ningun estilo de los españoles, á los primeros tocaba resarcir con dinero los daños y gastos que la guerra habia ocasionado: que el dinero exigido no era de ningun modo para él, y si para entrarle en las arcas públicas y atender á los crecidos gastos en que por bien del servicio estaba tan com-

prometido. Mas no por eso se mostraron sumisos los estados, quienes enviaron comisionados á Madrid para quejarse de los gravámenes que iban á pesar sobre un país, tan en menoscabo de su comercio y de su industria.

Se agravió mucho el duque de semejante embajada, imaginando lo que sus enemigos en la córte de Madrid se aprovecharian de estas quejas para ponerle en mal lugar con el monarca. Con objeto de templar un poco la animosidad, trató sériamente en publicar el edicto del perdon, otorgado á duras penas por Felipe II á sus súbditos rebeldes. Habia tres años que la princesa gobernadora habia aconsejado esta medida, como la única capaz de restituir la calma á los estados, alegando entre otras razones, que siendo infinitos los culpables, era imposible castigarlos todos. Mas Felipe II, poco inclinado á la blandura, habia desoido la proposicion, y no entró en ella hasta despues de los suplicios ya expresados y las victorias obtenidas por el duque de Alba sobre el conde de Nassau y el principe de Orange. Todavía tardó el duque de Alba un año en publicar este edicto; tan poco inclinado era á cuanto oliese á perdon é indulgencia hácia pueblos que de todo corazon aborrecia. Mas ahora le pareció llegado el caso de hacer ver á los flamencos que tenian un señor muy bondadoso y verdadero padre de los pueblos en el rey de España.

Se celebró en 1570 la ceremonia de la publicacion del edicto en Amberes con la mayor pompa y aparato. Se hizo una funcion solemne de iglesia en la catedral, á la que asistieron el duque con su comitiva, las autoridades del país y una inmensidad de pueblo. Subió al púlpito el obispo de la diócesis, y leyó en alta voz el breve pontificio, por el que la santidad de Pio V absolvía del crimen de heregía á los flamencos que hubiesen incurrido en tan horrendo crimen. Se oyó la voz del prelado con el mayor recogimiento; mas hácia el fin de su lectura le acometió un accidente que le privó de sus sentidos, y se

tuvo por muy mal agüero, como un anuncio del poco fruto que se iba á sacar de la indulgencia.

En seguida se dirigió el duque á la plaza pública, donde se habia erigido un gran tablado, y colocado en medio una especie de sólio muy lujoso. Allí se sentó el supremo gobernador, rodeado de los magnates de su córte, adornado con un estoque y un sombrero cubierto de pedrerías que le habia enviado el Papa Pio V, cuando le felicitó por la victoria de Groninga. Despues de impuesto silencio por el pregonero, fué leído por éste el edicto del perdon en flamenco y en francés, para que fuese de todos entendido; mas se dice que se oyó muy poco su voz, sea por la casualidad de estar enfermo, sea por industria del duque, mas deseoso de llamar la atencion del público hácia su persona, que de ocuparle en las palabras del edicto. Hizo en efecto su lectura poca impresion en los ánimos del auditorio. A unos pareció la providencia ya tardía; á otros insuficiente por sus muchas excepciones. Ningun festejo público se siguió á este acto tan solemne. Ni aclamaciones, ni músicas, ni iluminaciones por la noche, dieron á entender que habia contentado un perdon tan diferido, y ya tan tarde otorgado por Felipe.